

## Poéticas de la protesta y la indignación

Si bien el término *indignado* puede sonar a nuevo, a recién estrenado, aunque el contexto socio-histórico a que se refiere aparente una concreción contemporánea y próxima, lo cierto es que, históricamente, el poeta, como el artista, en muchas ocasiones, ha reaccionado contra aquello que consideraba injusto. Y no es difícil de entender si partimos de la idea de que el escritor es un ser humano, una persona, sometido a los mismos avatares y dificultades que el resto de los mortales; como lo demás se enamora, disfruta, llora, se extasia ante el paisaje y, cuando es necesario o cuando sus principios éticos se sienten socavados, levanta la voz y protesta. No se trata de una actitud constante o generalizable a todos los poetas, por supuesto, ya que la poesía de corte puramente esteticista y ornamental, más conservadora desde el punto de vista ideológico, apenas conoce ese tipo de expresiones.

Ejemplos de la citada actitud crítica los podemos encontrar en toda la literatura universal porque qué es el “Cantar del destierro” del *Mío Cid*, sino denuncia de la injusticia real (viene de muy atrás como se ve) cometida contra un noble. O en la literatura en lengua vasca, el “Cantar de Bereterretxe” (“Bereterretxeren kantorea”) donde leemos “Enian uste erraiten ziela / aitunen semek gezürrik”, en español, no creía que los hidalgos pudiesen mentir. Como se ve, los poetas vascos tienen también una antigua tradición en la protesta, raigambre que alcanzaría uno de sus momentos culminantes en aquella poesía social de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo. Así, por ejemplo, Blas de Otero, nuevamente polémico como consecuencia de la publicación de su *Obra completa* (Galaxia Gutenberg, 2013), afirmaba: “Si escribo / es por seguir la costumbre / de combatir / la injusticia, / luchar / por la paz”. Y quizás sean esos llamados poetas sociales – Ángela Figuera Aymerich, Gabriel Celaya, Blas de Otero, el más tardío Gabriel Aresti- la referencia más clara que podamos encontrar en relación con estos hombres y mujeres indignados de ahora mismo. ¿Se puede comparar a unos y otros, a los poetas definidos por la crítica como sociales y a los indignados del siglo XXI?

Una primera cuestión que quizá se pueda plantear es la idea de que la poesía social se configuraba como un movimiento literario mientras que este conjunto de poetas indignados no tienen mucho más en común, en general, que el publicar en esta misma revista *Zurgai* y, en muchos casos, conocerse entre sí. La diferencia no es más que aparente ya que la etiqueta social en buena medida fue eso, una mera etiqueta. Los escritores sociales escribieron, qué duda cabe, todo tipo de poesía, desde la lírica metafísica a la de corte existencial, poesía experimental, amorosa, familiar, popular, infantil... El compromiso social y político era una faceta derivada del propio compromiso personal como escritores. Otro tanto podemos decir de estos poetas indignados, muchos de ellos amigos entre sí, sin que a nadie se le haya ocurrido organizarlos, clasificarlos, en una “generación indignada”, por ejemplo, a pesar de los numerosos vínculos de contexto histórico.

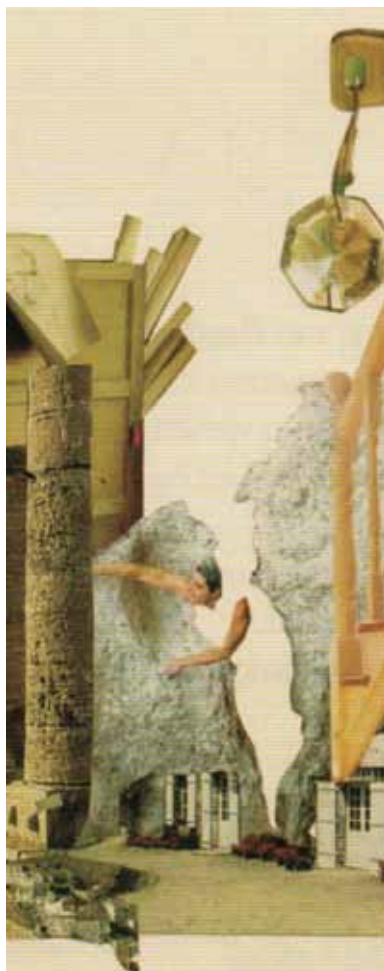
La otra cuestión que se puede debatir es la referida al propio término definitorio. ¿Qué queremos decir con ese adjetivo “indignados”? La palabra puede ser ambigua, abarcando desde el significado más tradicional de “irritación o enfado ante un hecho o una situación”, a ese más político y actual que define a un movimiento pacífico de protesta que pretende democratizar el sistema parlamentario aunque sin plantear una alternativa al mismo; los indignados, en esta segunda acepción, son todos esos hombres y mujeres que han ocupado las plazas de toda

Europa exigiendo justicia frente a los corruptos y defendiendo un sistema que no esté sometido a los dictados de las grandes corporaciones económicas, una democracia real y sin intermediarios. Este movimiento de carácter político ha desarrollado también unas formas de expresión que recuerdan mucho a las de Mayo del 68, al movimiento *hippy* y a la contracultura de la llamada transición política. Se trata de una lírica sencilla, directa, sarcástica, próxima al grafiti político y agitador, por ejemplo, “Menos mal que a porrazos las palabras no mueren”, “Desahucian al obrero, indultan al banquero”, “Votar es elegir en secreto a los que te van a robar públicamente” o aquel otro de “Si no nos dejáis soñar no os dejaremos dormir”. Entre todos ellos llama la atención aquella frase de Buenaventura Durruti, recuperada desde la historia más perseguida: “Llevamos dentro un mundo nuevo”.

Dentro de ese mismo movimiento se ha generado posteriormente un tipo de poesía centrada en el mensaje, combativa, definida sobre todo por los contenidos de denuncia más que por la elaboración estética. Es el caso, por ejemplo, de la revista digital *Poesía Indignada* (<http://poesiaindignada.com/>), publicada en español e inglés, donde se recogen poemas de autores generalmente noveles o poco conocidos, que responden al mencionado interés político. En la presentación de la web leemos: “*Poesía Indignada* es una revista global que pretende servir de altavoz digital para la poesía de protesta. Queremos sumarnos a los esfuerzos de otras plataformas desde una perspectiva poética”. Entienden por tanto la poesía como una plataforma más para la denuncia contra un sistema injusto, “el capitalismo”. En la misma línea, o similar, conocemos alguna publicación de poemas indignados, una lírica de urgencia que devuelva la palabra a la calle. En suma, el movimiento del 15-M ha generado una literatura instrumental que, junto con la música, los murales o el teatro de calle, busca sacudir las conciencias, en este caso a través de una poesía neo-social. No es casual, por ello, que símbolos e ideas de los sesenta renazcan en esta nueva fórmula de creación.

Partiendo de estas distintas definiciones, centrándonos en este monográfico, los textos recogidos en el número son poemas indignados que no sus autores, y lo son en un sentido conceptual, no ligado al 15-M. En esta colección de poemas, la forma sigue teniendo toda su importancia y, por supuesto, que no es una lírica al servicio de un movimiento social, aunque se pueda apreciar simpatía por algunos de sus planteamientos. No es solo lo que se dice sino también el cómo se dice. Por otra parte, se trata en su mayor parte de grandes poetas de una larga trayectoria literaria. Antonio Gamoneda, José Fernández de la Sota, Chus Pato, Pablo González de Langarika, José Manuel Caballero Bonald, María Victoria Reyzábal, Igor Estankona o Juan Kruz Igerabide, por mencionar algunos ejemplos, han escrito poemas muy diversos en tonos y temas, entre ellos expresiones del enfado y la rabia ante todo lo que consideran injusto. Y esto ha sido así mucho antes de que existiese un “movimiento indignado”. En los cercanos años de supuesta opulencia, cuando esta crisis salvaje parecía impensable para buena parte de la opinión pública, muchas de estas voces se alzaban ya ante cuestiones como la degradación medioambiental y del paisaje, el empobrecimiento del Sur del planeta, la uniformización de la vida urbana, el deterioro de las relaciones humanas, el machismo, los derechos humanos, el consumismo, las fronteras, la violencia o las guerras.

“No hay dignidad sobre la tierra / como el cansancio sin pagar / el rostro / aplastado, / la desesperación que no habla.” escribió Antonio Gamoneda una vez, allá por los años sesenta. Más recientemente, proclamaba José Fernández de la Sota, “el gran negocio de los asustadores: vendedores de alarmas, / fabri-



cantes de armas, ministros de Defensa (venga ya, son los mismos).” Porque el mundo está dividido en dos, lo decía Juan Kruz Igerabide en el 2002, en un lado los que viven felices, en el otro los que viven en el sufrimiento (“Mundua bitan banaturik dago: / pozik bizi direnak alde batean, / saminez bizi direnak bestean.”). Y Pablo González de Langarika denunciaba: “Sólo somos marionetas en sus manos. / Pero ordenan lo que hay que construir / y construimos.”; era 1987, otra crisis pero parecidas denuncias. Versos indignados sin duda, antes que el propio movimiento.

Y es que siempre han existido voces alteradas por la rabia porque siempre ha habido contra qué levantarse, qué denunciar o qué reivindicar. Quizás, es cierto, en ese camino, aquellos poetas mal llamados sociales, nos enseñaron el valor de la palabra cotidiana, marginada hasta entonces de la poesía culta, la construcción del verso más libre sobre la pura cotidianeidad; de ellos aprendimos que el dolor diario, la sangre inocente o la basura acumulada en un rincón, el hambre, la enfermedad, la falta de libertad, pueden ser temas poéticos. De Blas, de Ángela, de uno y otro Gabriel aprendieron mucho nuestros poetas y aquellos nuevos conocimientos recorren de algún modo estos versos. Entre unos y otros ha pasado más de medio siglo que se dice pronto. Ellos nos abrieron algunas puertas, no todas porque otras ya lo estaban. Nos enseñaron que poesía no era sólo el paisaje, el amor platónico y las añoranzas. Volviendo a los versos de Blas de Otero: “Escribo / por / necesidad, / para / contribuir / (un poco) / a borrar / la sangre / y / la iniquidad / del mundo”. Versos indignados, como estos de ahora mismo.

